



VISTA DEL SEMINARIO DE SANTIAGO.

Pertenece este magnífico edificio al gusto greco-romano y toda la fábrica es de piedra de sillaría. Fué erigido á mediados del siglo pasado frente de la fachada del Obradero de la Catedral, formando uno de los lienzos de la plaza de la población, llamada vulgarmente del Hospital. En el dibujo que vá al frente de estas líneas están detalladas las diversas partes de este palacio, de modo que hace inútil y hasta impertinente toda descripción artística: el edificio se halla coronado con un alzado en el que se vé una bellísima escultura, que representa el Apóstol Santiago en la batalla de Clavijo y remata con una estatua ecuestre del Zebedeo, ejecutada en piedra.

VIAJE A BUENOS AIRES Y LAS PAMPAS.

El río de la Plata que tiene casi 30 millas de ancho en Buenos-Aires, es generalmente poco profundo y está lleno de arrecifes que hacen su navegación difícil y peligrosa. Frecuentemente sucede que después de un violento huracán, queda en seco el albeo del río hasta una distancia considerable de él y en estas últimas guerras de la insurrección se ha visto á un cuerpo de caballería apresar á un buque de guerra en el mismo sitio donde 48 horas antes estaba fondeado.

Buenos-Aires situada en la orilla occidental del río de la Plata, tiene alguna semejanza con la ciudad de Filadelfia, construida en la misma orilla de Delaware. Ambas ciudades colocadas casi á una misma distancia del océano, se hallan en una situación poco favorable para el comercio; pues su posición está precisamente en la parte mas elevada de las tierras que circundan los dos ríos. Según el plano primitivo de Filadelfia, debía quedar un espacio desocupado, entre la ciudad y el Delaware, pero desgraciadamente no se ha seguido este proyecto. No ha sido así en Buenos-Aires; su situación mas acertada, facilita los negocios y contribuye al adorno de la ciudad proporcionándole el paseo de la alameda, desde el cual se goza de la perspectiva de los numerosos buques anclados fuera de la rada, así como del movimiento de una población antigua y activa. Sus calles están como en Filadelfia, cortadas en ángulos rectos de norte á sur y de este

á oeste. Pero aquí cesa la comparación: sus casas bajas con numerosas almenas y torrecillas en las azoteas; una arquitectura melancólica, medio militar, medio monacal; el estado ruinoso en que se hallan muchos edificios, que debe atribuirse á la mala calidad de los materiales; todo esto reunido presenta un aspecto poco favorable á la vista del viajero, cuya primera impresión se arraiga en lugar de borrarse, así que adquiere un conocimiento mas exacto de la ciudad. Las casas de figura cuadrada, están construidas con ladrillos muy grandes, toscamente labrados que se desmoronan muy fácilmente. Las paredes de estas casas están muy cuidadas y sus patios cubiertos de ladrillos ó baldosas que algunas son de diversos colores figurando una obra de mosaico. Una puerta gótica bastante tosca dá entrada á la casa cuyas ventanas cubiertas de espesas celosías, parecen propiamente ventanas de una prisión. Desde este primer patio se entra, por una bóveda oscura, á un segundo y en otras casas á un tercero que casi no se diferencian del primero si no es en estar algo sucios, pues regularmente sirven para el servicio doméstico. Puede asegurarse que si la parte exterior presenta pocos atractivos á la vista sucede lo mismo con la interior; las paredes están mohosas á causa de la humedad del clima; el piso se compone de anchos ladrillos que se deshacen entre los pies; los aposentos no tienen cielo raso, las vigas y soleras se ven inundadas de innumerables telarañas que nunca se limpian.

La iglesia y conventos de Recoletos, situados á una legua de la ciudad, merecen la atención particular de los viajeros, no por su magnificencia, sino en razón de la extensión del terreno, que ocupaban una parte, la cual sirve ahora de cementerio. En esta mansión de la muerte la vista y la imaginación se fatigan en ver la muchedumbre de monumentos fúnebres y lápidas sepulcrales que el orgullo humano ha levantado, y la variedad extraordinaria de las inscripciones sentimentales, solemnes y enfáticas que los acompañan. Entre estas inscripciones que todas comienzan por: aquí yace, hay una consagrada á un joven llamado Alvarez que termina por estas palabras: asesinado por sus tres amigos. El recuerdo de este accecimiento quedará por mucho tiempo en la memoria de aquellos habitantes; el suceso es como sigue.

Abraga, Arriaga y Marcet, jóvenes de las principales familias de Buenos-Aires, tenían una vida muy desordenada, otro joven llamado Alvarez de una

17 DE DICIEMBRE DE 1848.

familia muy oscura pero que gozaba de muchos bienes, se unió íntimamente con ellos; estos le habían llevado á sus reuniones licenciosas y admitido á sus banquetes y borracheras. Viéndose muy apurados de resultados de las grandes pérdidas que habían sufrido en el juego, y de los gastos extravagantes que habían hecho para saciar sus caprichos, formaron el horroroso proyecto de asesinar á Alvarez sabiendo que tenía mucho dinero en su poder. Pasáronse muchos meses antes de que su plan estuviese perfeccionado, y durante este tiempo se fué aumentando su intimidad con el desgraciado Alvarez. Los malvados habían alquilado una casa en un barrio estraviado, y habiendo llegado el día señalado para consumar el crimen, instaron á Alvarez con un pretexto plausible á que fuese allá por la noche. El infeliz no pudo ni prever el peligro que le amenazaba, aceptó el convite y fué acompañado de Arriaga. Al llegar quedó sorprendido del silencio y lóbreguez que allí había por lo que puso alguna dificultad en subir con su conductor; pero habiendo oído la voz de Marcet, á quien particularmente amaba, no vaciló mas y subió la escalera con ligereza. Apenas entró en un cuarto don le no había mas luz que la de una vela, cuando cerró Albraga la puerta y guardó la llave. Las sospechas mas funestas se presentaron entonces á la imaginación de Alvarez, pero cuando le intimaron que entregase la llave que encerraba sus caudales, porque había llegado su última hora, se arrodilló y lleno de angustias, suplicó á sus verdugos que á lo menos le perdonasen la vida. Prometió entregarles cuanto poseía, obligarse por los juramentos mas solemnes á guardar el mas profundo secreto, que se retiraría al país que le indicasen, y pasaria el resto de su vida en eterno destierro lejos de su patria. Marcet se enterneció, arrepentido ya suplicó á sus compañeros que se compadeciesen de aquel infeliz y abandonasen su horrible proyecto; pero Albraga y Arriaga estuvieron inexorables, amenazando á Marcet con su venganza, sino les ayudaba; el desdichado Alvarez poseído de terror perdió el sentido. Los asesinos le degollaron en este estado de insensibilidad y despues de haber recojido su sangre en una palanquilla que ya tenían preparada, pusieron el cuerpo en un carro cubierto, y lo condujeron á una quinta del padre de Arriaga, donde lo echaron en un pozo profundo. Albraga y Arriaga volvieron en seguida á la ciudad, y se apoderaron de todas las riquezas de Alvarez, Marcet atormentado de remordimientos, vivia sumergido en la mas profunda melancolía, mientras que sus camaradas entregándose á nuevos desórdenes, disiparon en breve tiempo el triste fruto de su maldad. Llegó en fin el día de la justicia; las sospechas que se habían suscitado sobre este hecho, se aclararon; Arriaga y Marcet, fueron condenados á muerte y fusilados en la plaza pública colgando despues sus cadáveres de la horca. En cuanto Alzaga ¿quién envidiaría su suerte? Habiendo podido escaparse se refugió en Sta. Fé donde poco despues se volvió demente; dominado de una horrible locura, anda errante por los campos, mostrando en su persona un terrible ejemplo de la depravacion humana y de la venganza celestial.

Tal es la historia que explica la inscripcion grabada en la tumba del desgraciado Alvarez.

La plaza mayor de Buenos-Aires, en cuyo centro se eleva un obelisco, está contigua por la parte del rio á la ciudadela, que es una fortaleza poco temible, pero suficiente en otros tiempos para proteger á la ciudad contra los ataques de los indios. Esta plaza se halla atravesada en toda su estension, por inmensas arcadas, paralelas á la ciudadela, y cuya parte inferior está ocupada por tiendas en que se vende toda clase de refrescos.

En ella se vén muchos edificios como la casa de ayuntamiento, el tribunal de justicia, el de policia, y la catedral que aun no está concluida, con doce columnas del orden dórico y de proporciones gigantescas. En esta plaza se revistan las tropas, se ajustician los criminales y muchas veces se ha visto teñida con la sangre de los ciudadanos víctimas de las discordias civiles ó del puñal de los asesinos. A este

sitio que puede llamarse el corazon de la ciudad, vienen á parar ocho de las principales calles. En la última guerra civil, al toque de alarma, ponian artillería en las bocas de estas calles, y los ciudadanos armados acudían á reunirse en la plaza.

La ciudadela ó fuerte, cuya estension es casi como la mitad de la plaza, puede contener de 4 á 5000 hombres, y se halla bien provista de municiones de guerra. Hay tanto en la ciudad como en los arrabales, otras muchas plazas que sirven de mercados públicos. La carne de vaca ó buey es el alimento comun de los habitantes, y casi siempre se encuentra á un precio ínfimo. El consumo diario asciende á 4 ó 5000 cabezas de ganado, cantidad enorme á proporcion de la población; así es que un extranjero que la admirado al ver las grandes raciones de carne, que se dá á la tropa, aunque á la verdad casi nunca se les dá ni pan, ni legumbres y algunas veces ni sal. La carne del cuero es un manjar propio del país que se mira como un objeto de lujo; se llama así la carne que se saca de la res en toda su estension del espinazo con una porcion de pellejo que sea suficiente para envolverla bien, y en este estado se pone á cocer entre el rescoldo.

Nunca se vende ternera en los mercados, ni se matan las reses hasta que hayan llegado al término de su crecimiento á causa del valor de la piel, en efecto un cuero bien preparado se vende cuatro veces mas caro que un novillo vivo. Hace muy pocos años que se come carnero y esta costumbre, la han introducido los ingleses, los americanos y otros extranjeros; pero no siempre se encuentra. En otro tiempo tenía tan poco valor que algunas veces se servian de él como de una materia combustible. La carne de puerco es malísima pues no les ceban sino con los desperdicios de las reses y lo mismo sucede con las gallinas, pollos etc. por cuya razon su carne y huevos tienen mal gusto. Hay mucha abundancia y variedad de frutas, hortalizas y legumbres. El pescado está muy caro y escaso, y algunas veces hay abundancia de caza. En las posadas y fondas, se encuentran diversos manjares, sazonados segun el gusto de los franceses, españoles etc.

Es un espectáculo gracioso ver á los Montoneros y Gauchos, corriendo al galope por la ciudad para vender sus efectos, como leche, huevos, fruta etc. Traen la leche en vasijas de estaño ó barro, metidas en cestos sujetos á la silla del caballo por unas tiras de cuero. Por lo demas, los Porteños, (nombre que se dá á los habitantes de Buenos-Aires) naturalmente indolentes, miran en general con indiferencia la calidad de las producciones de su país, y no tratan de mejorarlas, se contentan con poderlas vender, lo mismo que sus caballos que están baratos, que, por tres ó cuatro mas cinco pesos puede uno adquirir un buen caballo de silla: estos caballos son de una especie tan indómita, que á no ser por los bocados formidables que les ponen, seria imposible montarlos.

Las calles de Buenos-Aires, son estrechas y muy sucias; las aceras tienen tan poca latitud que apenas pueden pasar dos personas de frente, y este espacio tan estrecho se halla obstruido muchas veces por las muestras de las mercaderías que ponen en las puertas de las tiendas. Los habitantes arrojan todas sus inmundicias al medio de la calle que de este modo viene á ser un depósito de porquerías.

Las calles están cubiertas de lodazales y aun pantanos, causados por las aguas detenidas en una tierra gredosa y floja: por cuyo motivo las ruedas de los carruajes tienen unas dimensiones extraordinarias, las que se usan en otras partes desaparecerían en estos abismos. Estos carruajes van regularmente tirados por bueyes unidos de dos en dos, y como los tirantes tienen de 30 á cuarenta pies de longitud, pueden estos animales moverse fácilmente en medio del cenagal y llegar á otro lado donde emplean todas sus fuerzas para sacar el carruaje.

Buenos-Aires es la mansion mas desagradable del mundo particularmente en el estío. Continuamente se vé la atmósfera oscurecida por inmensas nubes de polvo, el cual es tan sutil que penetra por las ren-

djas mas pequeñas, se introduce por los ojos, y oídos, ensucia la cara y los vestidos, y dá á todos los objetos un aspecto bronceado, por último se puede afirmar sin exageracion que al leer un libro es preciso soplar este polvo para volver la hoja.

Las numerosas cegueras que afligen á los habitantes de esta ciudad deben atribuirse á la cantidad pernicioso de este polvo, cuya malignidad se aumenta con el salitre que se halla impregnado con abundancia en aquel terreno. Esta sucia incomodidad de la cual nadie puede librarse, aunque se tomen las mayores precauciones, y el poco aseo que generalmente hay, producen infinitos enemigos domésticos. Los ratones, los caracoles, las arañas, las pulgas, las chinches, los mosquitos, las hormigas, los escarabajos y los vampiros ó murciélagos monstruosos infestan á millares tanto las habitaciones del rico como las del pobre: no hay arbitrio para limpiarlas de estos huéspedes importunos y destructores, es verdad que se ha conseguido quitar las picaduras de los mosquitos, pero ¿quid te exenta juvat despinis pluribus una? (¿qué importa verse libre de una de estas plagas si quedan otras muchas?) Durante los calores no se puede gozar sino de un sueño interrumpido como el de un enfermo que está con calentura. En el invierno la humedad causa un decaimiento completo, pues es tal que el azúcar y la sal casi se hallan en un estado de licuación. La familia se reúne entonces mezclados unos con otros, alrededor de un brasero encendido colocado en medio del aposento. Cuando se enciende el carbon ó se remueve el que tiene el brasero, se hace siempre esta operacion fuera del aposento hasta que se halla evaporizado el gas ácido carbónico.

El orgullo y vanidad en los Porteños puede atribuirse en gran parte á las numerosas ventajas que han obtenido. Las derrotas sucesivas de los ingleses y brasileños son hechos memorables que honran su valor. Sin embargo este orgullo ha recibido últimamente un golpe considerable. La ciudad se hallaba reducida á la estrechidad por un largo sitio, y estaba próxima á caer en manos de los Montoneros, cuando se suscitó entre el gobierno y Mr. Mandeville, cónsul francés, un vivo altercado, de cuyas resultas fué despedido brutalmente este último; este acaecimiento no podía quedar impune y la escuadra francesa atacó, quemó, y apresó á toda la escuadrilla republicana. Hecho esto el almirante francés hizo proposiciones de reconciliación á las cuales el General Alvear ministro de Guerra contestó con énfasis: «nosotros hemos vencido á los ingleses, así no tememos el resultado de una guerra con la Francia.» No obstante luego después conocieron que no se debía seguir esta baladronada; las partes beligerantes entraron en negociaciones; Mr. Mondeville fué repuesto en sus funciones y el almirante francés volvió los buques de que se había apoderado.

Los Montoneros habitan en las inmediaciones de Buenos-Aires, cultivan la tierra y crían ganados para el consumo de la ciudad á donde van á vender sus géneros, tambien sirven de intermedio para espendir los de los Gauchos é indios. Como la leña está muy escasa han adoptado el uso de plantar en las alturas y colinas una cantidad inmensa de alhórigos, que sirven particularmente para hacer leña y los cortan cada cinco años.

Los Montoneros forman una clase media entre los Porteños y los Gauchos que vagan en las Pampas. En la última guerra civil se dió este nombre, que inspiraba el terror, á las numerosas hordas que la sed de sangre ó la esperanza del saqueo atraían á Buenos-Aires. Estos hombres intrépidos y vigorosos forman una excelente caballería; pero tratan á sus enemigos con atroz crueldad y cometen actos de barbarie, con la misma indiferencia que si degollasen á sus buyes; la costumbre que han adquirido desde su niñez, de matar á estos animales, parece que aumenta su ferocidad natural y les hace mas implacables. Un solo hecho del que Mr. Haigh, fué triste testigo, bastará para justificar esta asercion. A una legua mas abajo de Buenos-Aires, desemboca en el rio de la Plata un

riachuelo bastante profundo para que puedan fondear los buques menores de la marina militar; este es el único paraje donde se pueden reconocer y componer. Temiendo los oficiales encargados de vigilar estos trabajos, que algunos partidarios se apoderasen de los buques que estaban en recorrida ó que los incendiasen, bajaron á tierra con muchos marineros y operarios, para ver el modo de ponerlos á cubierto de un ataque. Creyéndose seguros á causa de una densa niebla que cubria la campaña, dejaron sus armas; mas apenas lo hicieron cuando una gavilla de Montoneros cayó repentinamente sobre ellos; y después de haberlos muerto con el refinamiento mas atroz mutilaron sus cadáveres de un modo espantoso.

Generalmente se cree, que los Motaneses son mas amantes de la libertad, que los habitantes de las llanuras, pero el ejemplo de los Gauchos, cuya poblacion se halla estendida por las Pampas, contradice fuertemente esta opinion, pues no hay en el mundo un sér mas independiente ni mas libre que el gatelio. Estos habitan en estancias y potreros de los cuales algunos tienen muchas millas de estension. Sus habitaciones que valen tanto como los Wigwams, de los indios, están construidas de tierra, y cubiertas de guano; no tienen otros muebles que cabezas y esqueletos de caballos, que les sirven de asiento y en las paredes hincan varios huesos de animales, para colgar sus bridas, espuelas, lazos etc. Un poncho de lana tejido por las mugeres y mezclado de varios colores, le sirve de capa. Este ropaje tiene la figura y tamaño de un cobertor ó pozada con un rasgon en medio para meter la cabeza. Con este poncho, que le deja libre el juego de los brazos, se resguarda el Gaucho del viento y de la lluvia, unas veces se le hecha á la espalda, otras se lo amarra á la cintura, y siempre por la noche le sirve de manta. Sus pies están descalzos pero llevan en las piernas una especie de botines de piel de caballo; las espuelas tienen enormes roscas con puntas agudísimas, y son de oro ó plata, su cabeza vá cubierta de un sombrero de paja. Su silla que llaman recado consiste en un pedazo de madera que vá cubierto de cuero, con una manta de lana ordinaria y una piel de carnero: esta silla no la aprietan con evillas, pues sus cinchas consisten en varias tiras de cuero atadas á una argolla de palo, ó hierro, que se une por medio de una correa á otra argolla pequeña clavada en la silla. Los estribos son de palo ó de plata; cuando son de palo no tienen mas anchura que la precisa para meter el dedo grueso del pié; los de plata son mas anchos y mas cómodos. El bocado que se parece mucho al de los mamelucos, se junta á una argolla de hierro que sirve de barberola. La manta que vá en la silla sirve de cama al Gaucho que se acuesta donde le coje la noche. El formidable lazo hecho de cuero trenzado y de casi 39 pies de largo, se termina en un nudo corredizo que arroja con admirable destreza á la cabeza del animal que quiere lanzar; antes de lanzarlo lo recoje en forma de aro sobre su cabeza teniendo siempre un cabo en la mano. Ademas tiene otra arma de tiro muy particular, quiero decir, las bolas hechas de madera ó hierro que son tres pendientes de correas de seis pies de largo, y unidas por un lazo; el Gaucho se sirve de ellas cuando persigue un objeto que está fuera del alcance del de su brazo.

Estas bolas al sacudir los aires describen un triángulo, se enlazan en la cabeza ó pierna del animal de quien quiere apoderarse el cazador, y lo detienen en medio de su carrera; así es como el Gaucho se hace dueño de todos los animales cuya lijereza es mayor que la de su caballo. Estas bolas, el lazo y un ancho cchillo de 14 pulgadas de largo forman el equipaje de este soberano de las Pampas. Este enemigo temible al puma (leon americano) al jaguar (onza americana) al toro, al caballo, al gamo, y al avestruz, no reconoce dueño, ni superior, no cultiva la tierra, y regularmente en el curso de su vida no se ha aproximado jamás á una ciudad ni ha tenido que ver con gobierno alguno.

Los aborígenes (primeros habitantes de un país) que habitan las Pampas, han sido rechazados mas allá, de la parte que ocupan los descendientes de los españoles, tienen muchas semejanzas con los indios de la América Septentrional, y como estos su número vá siempre en disminución. Estos hijos de la naturaleza retroceden continuamente delante de las razas europeas y viven en una continua guerra con los Gauchos, no dan, ni reciben nunca cuartel, y su

excesiva destreza á caballo es admirada de los jinetes mas hábiles é intrépidos. En sus correrías devastadoras no cargan nunca con provisiones; solo llevan consigo yeguas considerables que proveen á sus necesidades, así es como talan las sabanas, con tanta furia como las mas terribles pamperas. (Vientos de las pampas) dejando por donde pasan rastros de destrucción.

DE LOS PATINES.



Cada estación, hasta la mas cruel, tiene sus ejercicios agradables á la par que útiles; cuando el frio riguroso nos priva de los placeres del campo, de la natación y de los paseos por el agua, la nieve sirve de recreo á los muchachos que se ensayan en formar con ella extrañas figuras y el hielo se presta á la graciosa distracción de los patines y de los trineos. En Noruega, en Suecia y en la Laponia, donde la tierra está casi siempre cubierta de enormes masas de nieve, no se patina como en Holanda, donde lo terso y limpio del hielo permite entregarse á este ejercicio recreativo, con mejores elementos. Las mugeres mismas rivalizan en destreza con los hombres, y es muy

comun ver á algunas jóvenes aldeanas deslizarse suavemente sobre sus patines hácia el mercado, con un peso en la cabeza. Nos parece haber leído que en 1808 dos de estas jóvenes ganaron el premio de la carrera patinando, y recorrieron treinta y dos millas en una hora.

No se sabe en que época fueron introducidos los patines en Europa, pero parece que eran ya conocidos en el siglo XIII. Créese que el uso de los patines viene de Holanda. Hace mucho tiempo que Edimburgo posee un club de patinadores muy diestros, y recientemente se ha establecido uno en Londres, que tiene la pretension de no ser inferior á aquel en na-



da. Este ejercicio requiere ante todo que se venza el miedo que inspira al principio, y en seguida es necesario aprender á colocar el patin de modo que permita guardar el equilibrio, manejarse y jirar á un lado y á otro sin violentar las piernas y sin esponeerse á caídas. Cuando se ha conseguido agilidad en

estos ejercicios, se procura tambien instruirse en los medios de dar cierta gracia á las posturas y á los movimientos que es preciso hacer. Estos deben corresponder con los de los patines, pero sin afectacion ni rigidez. Nada en efecto mas gracioso que ver algunas parejas de patinadores vestidos con su elegán-

te traje, perfectamente dueños de sus movimientos, conservarse enlazados y describir juntos curvas armoniosas, huir, deslizarse y volar sobre el hielo brillante.

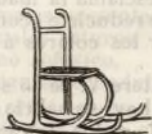


La madera del patin debe ser ligeramente ahuecada, de modo que se adopte á la forma del pie, que tenga una cabida para recibir el talon de la bota, que se asegura por medio de un tornillo ó espigón de hierro: la direccion de este debe corresponder exactamente á la del pie y ser la madera de la misma estension; la hoja ha de ser de buen acero, sólidamente fijo en la madera; que empiece en el nacimiento del talon y describa en la punta una pequeña curva. Un patin muy largo fatiga el pie y entorpece los movimientos. La hoja tiene generalmente un cuarto de pulgada de gruesa y tres cuartos de alta; á veces suele tener una pequeña canal, otras es lisa: las de aquel género dan solidez á las personas demasiado ligeras; para las demas son mejores las otras, porque no disminuye la celeridad al cortar el hielo.

Cuando se ha aprendido á guardar equilibrio sobre los patines, á correr con ellos y á describir con los pies todo género de giros, suelen aprenderse una porcion de figuras graciosas, tales como el vals, la reverencia, la espiral y otras, variadas hasta lo infinito.

En Madrid son pocas las veces que el estanque del Retiro permite patinar: en paises donde los inviernos son comparativamente cortos tambien y hay años en que los aficionados á esta diversion no pueden correr, se ha imaginado adaptar sobre los patines una especie de ruedecillas, por medio de las cuales se puede patinar sobre toda superficie plana, pero con mucha menos celeridad que sobre el hielo. Parece que en Londres despues de hacer uso de planchas de metal, se ha inventado una especie de hielo artificial, del que se halla cubierto el pavimento de un vasto salon, cuyas paredes representan montañas cubiertas de nieve y ofrecen á los patinadores en medio del estío, un contraste notable con el verdor del parque.

Pero para encontrar el arte de patinar en todo su esplendor es preciso trasladarse á Holanda. El anciano



no se hace allí conducir de un punto á otro en su silla de patinar, envuelto en pieles, el hombre opulento adorna su caballo con penachos de vivos colores, le pone herraduras á propósito para caminar so-

bre el hielo y atraviesa el espacio en su elegante trineo con una rapidez fabulosa.



UNA VISITA DE CUMPLIDO.

Nada mas tonto y fastidioso que una de estas visitas que exige la etiqueta, particularmente entre la clase media, á la que pertenece el tipo que presentamos hoy.—A los ocho dias de ser presentado en una casa ó en una tertulia, tiene V. que cumplir con esta indispensable exigencia de la buena sociedad. Se plantea uno su frac negro, chaleco blanco y guante idem, y se dirige á la casa de cumplido: despues de un cuarto de hora que lo tiene á V. á la puerta el bárbaro del gallego sin comprender el nombre de su señora por quien V. le pregunta, le hacen pasar á la sala, mientras pasa recado.—La señora las mas veces es casada, aunque no deja de ser viuda muchas otras; pero de cualquier modo ella es una señora de treinta á treinta y cinco años, poco mas ó menos, cuya fisonomía triste, macilenta y estenuada deja entrever algun resto de hermosura á través de la palidez de sus mejillas. Su brillante educacion, buen trato y proverbial amabilidad, cualidad que realiza mucho mas una regular instruccion, forman un conjunto agradable que le ha merecido entre los hombres la reputacion de una señora tratable, cuya amena conversacion, recrea y distrae: otro cuarto de hora ha pasado (lo menos) desde que ha sido V. introducido, cuando la dama se presenta; y aqui es ella—empiezan los cumplimientos de ordenanza.—Señora, á los pies de V.

—Caballero, ruego á V. me dispense, si le he hecho esperar demasiado; pero estaba dando órdenes á la

doncella y me ha sido imposible presentarme tan luego como hubiera deseado.

—Señora, V. está siempre cumplida; y solo siento haberla distraído de sus quehaceres.

—Nada de eso; precisamente me disponía á recibir en el momento que V. llegó á honrarme con su presencia; además, su visita de V. me es tanto mas agradable, cuanto que me pone en el caso de repetirle mis ofrecimientos.

—Señora, V. me confunde: ciertamente que el que ha venido á honrarse á su casa soy yo, y no encuentro palabras que espresen lo bastante, todo el placer que recibo en esto.

—V. siempre tan galante.

—Y V. siempre tan amable.

—Gracias;—es V. muy lisonjero.

—No; digo á V. lo que siento y nada mas: nunca he sabido adular.

—Y, qué tal, ¿se divierte V. mucho?

—Puf; así, así; le aseguro á V. que ya los paseos me cansan, en el teatro me aburre; las sociedades, unas, por la estremada etiqueta, otras por haber degenerado de su primitivo objeto, me fastidian; crea V. que la tan ponderada vida de Madrid llega á ser insostenible.

—Pues permítame V. que le diga que en eso hay algo de exageración; á lo menos si se ha de juzgar por las apariencias; días pasados tuve el gusto de ver á V. en el Circo en la representación de *Atila* y no estaba V. tan aburrido como pretende: alabo su gusto de V. porque la señorita á quien V. obsequiaba era lindísima. ¿Y qué tal le pareció á V. la ópera?

—En cuanto á la partitura, bien; pero la ejecución en general fué malísima.—Salimos muy tarde.

—Sí, eran cerca de las doce.

—¡Y luego con un piso tan malo! ¡Ha visto V. que tiempo! Yo no he conocido invierno mas fatal que el presente.

—Efectivamente, es insufrible: á no tener carruaje no se puede transitar por las calles; yo le aseguro á V. que esto me pone el humor malísimo.

—Y eso que VV. los hombres al fin, con su doble calzado pueden sobrelevar mejor las continuas lluvias; pero nosotras, ¡Jesús! nos ponemos perdidas.

—Sí, ciertamente; yo no sé como..., pero variando de conversacion, Señora mia, nadie puede disputar á V. su refinado gusto é inteligencia artística: basta solo pasar una mirada sobre la coleccion de cuadros que adornan su sala para convencerse de esta verdad; especialmente la Concepcion que está en el *testero* de enfrente, es una obra maestra de la escuela sevillana y de un efecto admirable.

—Caballero, V. me favorece demasiado; no es á las dotes artísticas y al buen gusto que V. me supone, á quien debo la regular coleccion que V. vé; procede de la herencia de un tío mio, que fué obispo de Calahorra, felices tiempos aquellos en que se compraron estos cuadros; ¡qué diferencia en el día!

—Es verdad; en el día los obispos no compran cuadros, al contrario, el que los tiene los vende.

No han pasado diez minutos en esta insulsa conversacion, cuando un nuevo personaje se presenta en la sala; este es un niño de la señora, que aprovechando los momentos que le dejó en libertad la criada, se ha entretenido en colocarse el *paletó* y el sombrero que dejó V. al entrar sobre una silla del recibimiento, y entra hecho un *pelele*, cantando, pisoteando su pobre *paletó* de V. como si fuera una alfombra y tocando generala en su llamante sombrero. Pero anda.—V. se rie á carcajada tendida, celebrando la gracia del angelito, por mas que interiormente esté V. maldiciendo á él y á toda su generacion; al ver su *paletó* que el día antes le costó veinte y cinco ó treinta duros, sirviendo de miserable rodilla y á su infeliz sombrero hecho tambor de retreta. Por fin, una brusca interpellacion que dirige la señora á su niño, le restituye á V. en tanto su perdida tranquilidad.

—¿Niño, qué haces?

—Nada mamá, es que me he vestido así, para asustar á Luisa; mira, mira que bien estoy.

—¡Muchacho! quitate eso inmediatamente sinó quieres que te cueste cara tu osadía.—¿No ves que esa ropa es de este caballero y se la estás ensuciando?

—Señora tranquilícese V.; eso no vale nada; son cosas de criaturas, sigue hijo mio, sigue.

—No señor, nada de eso; la educacion de los niños es el primer deber de un buen padre, y yo no puedo consentir.... vamos, niño, ¿no oyes lo que te digo?

—Pues no quiero!

—Cómo que no quieres!

La madre se levanta en ademán amenazador y el niño aprieta á correo alrededor de un velador que está en medio de la sala, en el que hay un magnífico quinqué, sin que su madre pueda alcanzarle: pisase el *paletó*; cae contra el velador, tira el quinqué, el aceite se derrama sobre la alfombra, se rompe la bomba y conviértese la sala en un campo de Agramante. El chico se levanta entre lloroso y aturdido por el estrépito, sacándole la madre de aquel caos á beneficio de un magnífico sopapo que le aplica entre oreja y oreja, y para completar la fiesta prorrumpe en un lastimero y penetrante llanto, capaz de destruir el timpano mejor organizado; la madre tira un campanillazo mandando recoger á la doncella los pedazos de cristal y ordenándole se lleve al chico inmediatamente; pero este que vé el pleito mal parado, se refugia entre las piernas de V. plantándole las manos impregnadas del aceite vertido en su límpido chaleco.

—Niño, quieres irte? (repite la madre á quien no se le ha ocultado la nueva gracia de su hijo). ¡Jesús, Jesús! este muchacho es el diablo! ¡Qué dirá este caballero!

—Señora, repito á V. que se sosiegue; nada mas natural en esta edad que estas travesuras; todos hemos hecho lo mismo; además que este niño será bueno y obediente en adelante; ¿no es verdad, querido?

—Sí, si no me riñen.

—Vamos, siéntate aquí sobre mis rodillas y dime ¿cómo te llamas?

—Enrique.

—¡Bonito nombre!

—¡Ay! ¿qué tienes en el bolsillo, que suena?

—Es el reloj, hermoso.

—¡Oh! yo quisiera verlo; ¿me lo quieres enseñar?

—Con mucho gusto querido: miralo, ¿oyes cómo anda?

—Sí.... ¡Ay que bonito!

La señora ha continuado en tanto refiriéndole á V. las innumerables diabluras de su hijo, y pintándole con los colores mas vivos los disgustos y sinsabores de la maternidad, mientras que el chico, aprovechándose de la distraccion de V. y de la conversacion con la madre, empieza á darle vueltas al reloj; lo abre casualmente, y por un instinto no raro en los muchachos, coge la llave que pende de la cadena y se pone á darle cuerda, hasta que un sonido metálico revela que el reloj está listo para un mes.

—¿Qué has hecho, hijo?

—Nada, nada; si le estaba dando cuerda, ¿oiste cómo sonó?

—Sí ya oí: ¡amigo eres un gran mecánico!

—Pero criatura, (esclama la madre por la milésima vez) no hay medio de reducirte ¿con qué estás empeñado en hacermé salir los colores á la cara, vete ó te mato.

—Señora, no se altere V. se lo suplico; si no se hubiese descompuesto hoy, se habria descompuesto mañana; además toda la culpa no es del niño.... si su amena conversacion de V. no me hubiera abstraído.... pero es tarde y si V. me dá su permiso, me retiro. Creo escusado repetir á V. que puede contarme entre el número de sus servidores y amigos.

—Gracias; V. sabe que está en su casa y que puede venir á favorecerla siempre que guste; pues tendré un verdadero placer.

—Señora mil gracias, aprovecharé la ocasión de ponerme á los pies de V. tan frecuentemente como me lo permitan mis muchas ocupaciones. Adios, Enriqueto: me das un beso?

—¡Nó! que por tí me ha reñido mamá otra vez.

—Niño no seas arisco; dá un beso á este caballero. Ruego á V. dispense á mi niño....

—Señora por favor.... á los pies de V.

—Beso á V. la mano.

Hé aquí las visitas de cumplido consideradas en su tipo general: la conversacion es insustancial; se habla del tiempo, de la temperatura y de todas las afecciones astronómicas; de la falta de aseo y policía en las calles; de si el alumbrado es bueno ó malo y en fin, de otras sandeces por el estilo que fastidian y cansan aun cuando el tiempo que marca la etiqueta para esta clase de visitas sea muy corto. Si (lo que no deja de ser comun) se añade á esto que algunas veces se encuentra uno con un niño impertinente y cócora que le pone en el caso que hemos bosquejado, se sale de estas visitas no solo harto, sino jurando no volver á la casa mas que las espaldas.—¡Dios nos libre de muchas visitas de esta naturaleza y sobre todo de las en que hay chiquillos!

PÉREZ DE MOLINA.

A LA JOVEN POETISA A. F.

Pero viendo que las penas
alteraban mi salud,
el llanto mandé á paseo
y la niña á Belcebú.
HILARIO F. VARELA.

No prepares el pañuelo,
que no voy á hacer el buho
como otras veces contándote,
Amalia, mil infortunios.

He vertido tantas lágrimas
en este picaro mundo,
que ni una esprimen mis ojos
por mas que me los estrujo;

Pero no pienses por eso
que me he tornado de estuco
ni que ha dejado la suerte
de mostrarme el ceño adusto.

¡De hoy en tres meses cabales
cumpliré los cinco lustros
y aun mis ojos no descubren
la felicidad que busco!

¿Consiste el estar mis ojos,
trás tanto llorar, enjutos
en que, como el mar, las lágrimas
tienen su flujo y reflujo?

¿Es que antes sufrí llorando
y agora riyendo sufro?
¿que estos son dolores secos
y aquellos dolores húmedos?

Yo no lo sé... ni me importa
saberlo; mas te aseguro
que sin querer me sonrío
y de mis penas me burlo.

Asi mis males presentes
como mis males futuros,
sofístico ó no sofístico,
del modo siguiente endulzo:

«Tengo, á dios gracias, dos brazos,
Facundo solo tiene uno;
luego, yo soy muy dichoso
comparado con Facundo»

Dirás indudablemente
con el refran:—«Mal de muchos,
consuelo de tontos».—Sea!
no me tengo por agudo.—

Tú sabes muy bien que un tiempo

daba reverente culto
mi corazon á una chica
que me trató como á un turco,

Y sabes tambien, Amalia,
que para verter un cubo
de lágrimas cada dia
en esa historia hay asunto.

Pues el demonte me lleve
si turba un solo minuto
el recuerdo de la ingrata
la calaña de que disfruto.

«Triste es vivir sin amores»
dice el poeta farruco
cuyos son los cuatro versos
que por epigrafe aduzco

Pero, digan lo que quieran
todos los poetas juntos,
lo que es yo, por hoy, me encuentro
sin amores muy á gusto.

Si tornan las tempestades
mi corazon, el tuyo
me dará, como otras veces,
un generoso refugio;

Porque tú te pintas sola
para dar puerto seguro
al que en el mar de la vida
perdió, al navegar, su rumbo

Mas espero, y no preguntes
en qué esta esperanza fundo,
que nunca tus bellos ojos
anublará mi infortunio.—

Viérasme por esas calles
y esos paseos, no há mucho,
siempre cavilando, siempre
con los ojos como puños.

«Bueno es el mundo!—pensaba!—
por mas que busco y rebusco
no encuentro en él otras leyes
que las leyes del embudo»

«Si Caco y Judas la frente
levantaran del sepulcro,
Oh ciencia nuestra, dirían,
ya eres señora del mundo!»

Estas y otras reflexiones
me irritaban á tal punto,
que hubiera emprendido á palos
con un centenar de tunos;

Pero, me dije á mi mismo:
«Antonio, no seas bruto;
deja esas cavilaciones
ó eres en breve difunto.»

«Si necesitas mañana
para comer medio duro,
no te le darán en cambio
de humanitarios discursos.»

«Acuérdate de que un dia
por aquietar un tumulto
te sacudieron el polvo
y te llenaron de insultos»

«Y recuerda que otro dia
pegaste en la calle un tumbo
y en vez de alargarte un dedo
se le chupaban de gusto»

«Si la ciencia de la vida
enseñan el infortunio
y el desengaño, ya debes
en esa ciencia ser duchol»

Estas razones, como eran
razones de tanto bulto,
me hicieron, querida Amalia,
superficial, de profundo,

Egoísta, de filántropo,
almivarado, de adusto,
indiferente, de amante,
y alegre, de taciturno.

Si por levantar al prójimo

resvalo yo y me desnucó,
no dirán que soy muy bueno;
dirán que soy muy estúpido.

Santa es la filantropía
y á aquel que se echa en el surco
del todo,.... yo, francamente,

le azotaba sobre un burro;

Pero, Amalia, no tan calvos
que se le vean á uno
los sesos.... ¡A mí me han hecho
los desengaños muy cuco!

ANTONIO T. Y LA QUINTANA.

RENOVACION

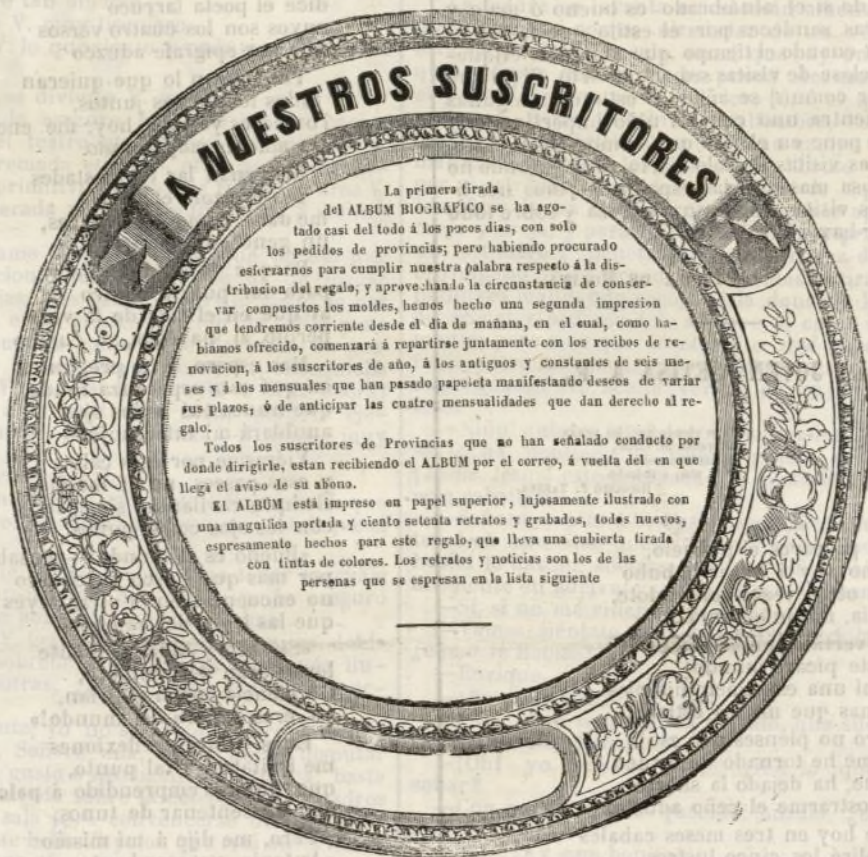
PARA

el año de 1849.

REGALO

Á LOS

suscriptores de 1849.



Balmes. Cobden. Palmela.
Guillermo IV. Reina Pomaré.
Olózaga. Santana. Silvio Pe-
llico. Mehemet Aly. Ibrahim-
Bajá. Nicolás I. Zorrilla. Vic-
toria I. Othon I. Lacordaire.
Russell. Latorre. Cermenin.
Thiers. Soult. Donizetti. Vic-
tor-Hugo. Luis Felipe. Lola
Montes. Orfila. Rothschild.
Guizot. Cabrera. Galiano Abd-
el-Kader. Lamennais. Busta-
mante. Emperador de la Chi-
na. Scot. Llorente. Metternich.
Lamoriciere. Pio IX. Duquesa
de Orleans. Hartzembusch.
Quintana. Montemolin. La-

martine. Molé. Jorge Sand.
Duran. Cavaignac. Sué. Lista.
Balzac. Brougham. Dickens.
Rossini. Manzoni. Nothomb.
P. Cirilo. Luis Napoleon. Cos-
ta Cabral. Cortina. Lopez (Don
Vicente). Polk. Aberdeen. Ma-
roto. Rugiero Sattimo. Pauli-
na Garcia. Tom-Pouce. Pe-
dro II. Llamadrid. Breton. Du-
pin. Carrer. Mendizabal. Es-
quivel. Sa da Bandeira. Os-
car. Doña María de la Gloria.
Paredes. Seribe. La infanta
Doña Luisa Fernanda. Gomez.
Leopoldo I. Berrier. Verdi. Sa-
lamanca. Posada. Madoz. Ro-

sas. Montes. Castaños. We-
llington. Arago. Godoy. Romea.
D. Carlos. Dumas. Dupont
de l' Eure. Vernet. Espartero.
Peel. Didot. S. M. el Rey. Cá-
los Alberto. Bulwer. Saldanha.
Martinez de la Rosa. Taylor.
Casatti. Bulnes. Chateau-
briand. El Infante D. Fran-
cisco. El Rey Fernando. Rubi.
Cremieux. Leopoldo II. Galle-
go. Palmerston. Burgos. Su-
berbie. Becerra. Luis Blanc
Ledru Rollin. Montpensier.
Odilon Barrot. Tyler. Lopez
(D. Joaquin Maria.) Affre.
Doña Matilde Diez. Lafuente.

Cristina. Isabel II. Florez Es-
trada. Guzman. Cea. Borrego.
Narvaez. Ballesteros. Márrast.
Duque de Sevilla. Bouffé. Gar-
cia Gutierrez. Baralt. Boafin.
Terceira. Linage. Rivera (Don
Juan Antonio.) Madrazo. Ori-
ve. Caltahazor. Garnier. Pa-
gés. O' Conor. Mora. Calde-
ron. Saldoni. Villoslada. Lom-
bia. Rivera (D. Carlos Luis)
Stephenson. Kossuth. Abd-ul-
medjid-khan. Corradi. Pacheco.
Rodil. Principe Alberto.
Straton. Jellachich, etc. etc.

Por lo que respecta al SEMANARIO, tenemos ya en
nuestro poder muchos y buenos artículos de los prin-
cipales colaboradores del periódico, para dar princi-
pio al nuevo tomo, y láminas esmeradísimas, que se-
rán estampadas con todo cuidado en la nueva má-
quina que acabamos de recibir y cuyos ensayos dan
los mejores resultados. Tenemos tambien concluida
la fundicion que se ha de estrenar, y esperamos sin
tardar mucho, el papel superior que encargamos,
viendo que la partida que acabamos de recibir y que
estamos usando, no solo no está en armonía con el

lujo que pensamos emplear desde el 7 de Enero, sino
que desluzca en la actualidad la estampacion y la im-
presion, sin que podamos evitarlo, por no encon-
trarse papel de la marca del SEMANARIO, como no sea
fabricado á propósito.

Solucion del geroglífico inserto en el número an-
terior.—Cria cuervos y te sacarán los ojos.

MADRID 1848—IMPRESA DE DON BALTASAR GONZALEZ.